

SANTIAGO DE CHILE, DOMINGO 29 DE AGOSTO DE 2021

ENTREVISTA | Las zonas grises del alma

JULIA NAVARRO:

“No somos una página en blanco, todo nos va marcando”

La exitosa periodista y escritora española publica “De ninguna parte”, una novela sobre la inmigración y el desarraigo encarnados en dos jóvenes cuyas vidas avanzan de manera paralela y antagónica a partir de una fatídica coincidencia en un campo de refugiados en Líbano.



Julia Navarro ha publicado ocho novelas; la primera de ellas en 2004.

MARÍA TERESA CÁRDENAS M.

Mientras a uno lo mueven el odio y el resentimiento, el otro tiene continuas pesadillas con el rostro de ese adolescente que jura venganza. Son Abir y Jacob, dos jóvenes cuyo encuentro casual y fatídico se produce en Ein-el-Helwe, el mayor campo de refugiados palestinos en Líbano, en el que también viven los más pobres de ese país del Oriente Próximo. Abir es uno de ellos. Jacob hace su servicio militar obligatorio en Israel y, contra su voluntad, participa en un operativo en el que buscan al jeque Mohsid, que, encubierto, visita la vivienda que la familia libanesa comparte con un pariente afgano. La misión consistía en “secuestrar a un dirigente islamista — cuenta Jacob sobre las órdenes de su comandante—. Nos dijo que era uno de los mayores traficantes de armas de Oriente, que era el quien surtía de armamento a todos los grupos radicales de la región”. Pero la acción fracasó, el jeque Mohsid escapa y los padres de Abir mueren como mártires.



DE NINGUNA PARTE
Julia Navarro
Plaza & Janés,
Barcelona, 2021.
416 páginas,
\$16.000.

NOVELA

hasta “De ninguna parte” (Plaza&Janés), que llega simultáneamente a las librerías de España, Chile y Latinoamérica. El adolescente libanés y su hermano menor, Ismail, logran salvarse y después de un tiempo viajan a Francia con un tío que los acoge junto a su familia. Jacob, por su parte, también nació en Líbano, de padres franceses y formación católica, pero vive en Israel desde los 13 años, cuando, al quedar viuda, la madre le revela sus raíces judías y el doloroso pasado de su familia.

“Yo quería tratar el problema de la inmigración, del desarraigo, de la tragedia que para muchas personas supone tener que dejar su país, sus costumbres, sus códigos y que tienen que ir a otro lugar — busca, aparentemente, de una vida mejor — explica Julia Navarro desde Madrid—. Ese desarraigo, esa sensación de pérdida de identidad es algo sobre lo que llevo pensando mucho tiempo”.

Las zonas grises

Julia Navarro se levanta alrededor de las siete de la mañana y después de leer los periódicos y tomar una taza de café sale a caminar o escribir. Pero a esa u otra hora, no perdona sus caminatas diarias de diez a doce kilómetros. “Ayuda a pensar, a ‘resetearme’”, afirma. Y como le ha ocurrido a todo el mundo, la pandemia también le ha cambiado algunos hábitos: “Antes me gustaba escribir por la mañana, pero durante los meses de confinamiento, en que los días parecían no tener horas, empecé a escribir por las tardes”.

Así trabajó en esta novela, en la que reconoce algunas constantes respecto de las anteriores. “A mí siempre me interesa, cuando construyo personajes, tratar de llegar a las profundidades del alma, intentar saber qué pasa en esas zonas grises y oscuras que todos tenemos dentro, buscar por qué suceden las cosas, por qué el ser humano actúa de una manera o de otra”.

Esta vez fue un ejercicio particularmente difícil, al abordar el fenómeno del terrorismo de raíz islámica “que en los últimos años hemos sufrido de manera muy especial en Europa”. Y señala: “Se trata de explicar qué pasa a veces por la cabeza de esos jóvenes cuyos padres o ellos mismos han nacido en otros lugares, que vienen a nuestras sociedades, que se sienten totalmente desplazados, que no se sienten ni de donde han venido ni de donde está, y cómo ese desarraigo les lleva a perderse a ellos mismos”.

—En estos personajes se extreman el desarraigo y las diferencias debido al factor religioso, uno es judío y el otro fundamentalista islámico.

“Hay un tema religioso, sin duda, pero también hay un tema de costumbres; es decir, al principio los dos son bastante laicos, no tienen una obsesión religiosa. Sin embargo, según transcurren sus vidas, el peso de la religión es una piedra más que llevan en la mochila. Para un chico que sale de un campamento de refugiados del sur de Líbano incrustarse en la sociedad francesa, que tiene unas costumbres y unos códigos éticos, morales y de comportamiento radicalmente distintos, es un auténtico shock”.

Y aunque Jacob tiene una situación más privilegiada, “esa desazón interior se le produce igualmente”, afirma la escritora. “Eso está presente en los personajes y en las decisiones y comportamientos que van teniendo”.

—Usted plantea un dilema ético en toda la novela. ¿Es posible elegir?

“Yo soy muy ortodoxa en lo y sus circunstancias. A lo largo de la vida vas cam-

biando, vas reflexionando, vas adquiriendo conocimientos, desechas unas cosas, coges otras. Pero a veces eso no es tan fácil. Y el lugar donde hemos nacido, la situación socioeconómica en la que nos hemos criado, las costumbres, la cultura y la religión, son todos elementos que lógicamente son parte de la mochila que llevamos a la espalda y que nos determina. ¿Eso significa que no tenemos libertad para elegir? Claro que la tenemos, pero sin olvidar que esas circunstancias de las que venimos nos han dejado una huella, porque no somos una página en blanco cada día que pasa, somos muchas páginas que vamos escribiendo con nuestra vida, y eso va teniendo un peso. Todo lo que vives te va marcando”.

Por decisión del jeque Mohsid, y como un privilegio por ser hijo de mártires, Abir recibe instrucción en Afganistán y se convierte en un mujahidín, un soldado de la fe. Sin embargo, más que el fanatismo religioso, lo que determina sus acciones son el deseo de venganza y el resentimiento. “Claro, porque él vive en una familia muy religiosa, muy integrista, y la sociedad francesa es radicalmente distinta. Y ahí se produce una auténtica explosión; es decir, tienes que tener la cabeza muy bien organizada para poder gestionar eso, y cuando uno es adolescente, la cabeza comienza a ser una explosión, no es del todo aceptado por los jóvenes de su edad, la relación con las chicas, todo eso va dejando una huella de dolor, de desarraigo, de estupeor, de resentimiento, de angustia, porque, en definitiva, Abir es una persona que no termina de entender lo que le pasa. Yo no digo que todo lo que hacemos tenga una justificación, porque podemos elegir, siempre podemos elegir, pero a veces las circunstancias explican decisiones equivocadas u horribles que se pueden tomar a lo largo de la vida”.

El compromiso del periodismo

—¿Cómo realizó la investigación para esta novela y cuánto le ayudó su experiencia como periodista?

“Oriente Próximo lo conozco, porque he viajado como periodista para cubrir diferentes acontecimientos en esa zona. Pero de lo que yo hablo en esta novela es algo que está en los periódicos todos los días: el problema de los inmigrantes, de la inmigración irregular, de las rebeliones en las familias, los barrios fríos, donde los chicos desesperados a veces tienen actitudes violentas, el problema del terrorismo. Todo eso está en la primera página de los periódicos, a diario, de manera que no hace falta una labor exhaustiva de documentación. Aun así, qué duda cabe, el hecho de que yo me haya dedicado 40 años al ejercicio del periodismo hace que siempre tenga una especial atención a que los datos que doy en mis novelas se ajusten a la realidad”.

El libro está dividido en dos partes y en la segunda toman protagonismo una cadena internacional de televisión y sus periodistas: a su canal en Bruselas llega un sobre anónimo con un *pendrive* en el que a través de un macabro video se anuncian atentados. Y empiezan a producirse. Julia Navarro recrea ese ambiente, los egos, las discusiones, y destaca el “buen periodismo”.

“Ahí sí que está la experiencia acumulada de 40 años de profesión en los que he trabajado en prensa escrita, en la radio, en la tele. Yo creo que es una parte que cualquier periodista cuando la lee dice ‘bueno, esto es absolutamente

real’. Esa pulsión que hay siempre entre los editores, los propietarios de los medios y los periodistas, que tú quieres contar algo y te dicen que no lo puedes contar de esa manera, o no se puede contar. Los políticos, los poderes económicos, que siempre intentan coartar nuestra libertad de expresión. Y van por detrás, no directamente al periodista, sino a los dueños de la propiedad del medio”.

—¿Hay un reconocimiento a la tarea del periodista, que debe estar siempre atento al poder y cuestionarlo?

—Efectivamente. Pues yo creo que los periodistas no estamos para hacer amigos, estamos para contar lo que sucede, lo que se suele crear muchos enemigos. Como periodista, siempre lo he sentido así: que yo no tengo más compromiso que con los lectores o los oyentes o los televidentes. Nuestro compromiso es contar a la gente lo que sucede, sea lo que fuere, y tener ese respeto a la opinión pública. ¿Por qué no se puede contar? ¿Por qué

usted con qué derecho decide lo que yo como ciudadana debo o no debo de saber? ¿Con qué derecho me trata como si fuera una menor de edad que no puedo enterarme de lo que está sucediendo en mi país o en el del lado o en el mundo económico? Esa tentación que tienen los poderosos de controlar la información lo que provoca y tiene que provocar siempre es ese enfrentamiento con los periodistas. Y los periodistas, insisto, no tenemos otro compromiso más que con los ciudadanos, el perjudique a quien le perjudique. La información es lo que nos da los instrumentos para ser ciudadanos críticos y para poder tomar decisiones. Nadie tiene derecho a hurtar a los ciudadanos la información”.

Como el primer libro

—Y como escritora, ¿cuál es su compromiso?

“Mi compromiso como escritora es con los lectores. Cada vez que voy a sacar un libro nuevo es como si fuera el primero. Tengo la sensación de que me lo estoy jugando, que empiezo de cero, que no importa si los libros anteriores han gustado o no han gustado, que me van a juzgar por el libro que en ese momento los lectores tienen en la mano. Siempre tengo la sensación de estar empezando”.

Asombra este ejercicio de humildad en una escritora superventas que incluso ha visto una de sus novelas, “Dime quién soy”, convertida en serie de televisión. “Yo, lo mismo que tú, lo mismo que tantos colegas nuestros, estamos acostumbrados a ver a gente importantísima, ya sea en la política, en el mundo de los negocios, en el mundo de la cultura, y de repente, de un día para otro, deja de serlo. Ya no cuenta. Pues eso también me puede pasar mañana a mí; yo hasta ahora he contado con el cariño, con el afecto de los lectores, pero yo no tengo garantizado que a los lectores les vaya a gustar siempre lo que escribo y vayan a comprar mis libros. Eso hace que yo no despegue los pies de la tierra. Es decir, no me permito a mí misma levitar”.

Las mujeres también son personajes fundamentales en la novela. La autora destaca particularmente a Noura, la prima de Abir, una joven musulmana que “decide gestionar su propia vida y paga un precio terrible con ello: el desarraigo, ser expulsada del núcleo familiar”. En ese sentido, explica, “yo también he querido poner en valor el esfuerzo que hacen muchas mujeres que llegan a los países occidentales y que rompen con sus tradiciones las convierte en parias dentro de su propio ámbito familiar y pagan un precio muy grande, es el precio de la libertad”.

Batallas pendientes

La aparición de la novela coincide con la situación de Afganistán, donde los talibanes han vuelto al poder. Julia Navarro no puede callar ante esa realidad. “Yo soy feminista, pero no solamente pienso en mí y en las mujeres de nuestro entorno; pienso en esas niñas que podían ir a la escuela y que volverán a estar encerradas en sus casas; mujeres que se habían podido desprender del *burka* y volverán a estar encerradas en la cárcel del *burka*; chicas jóvenes que iban a la universidad y que ya no podrán hacerlo, que tenían un trabajo... Es decir, en estos momentos, ser mujer en Afganistán es la peor de las situaciones, porque el horror de la guerra, de la violencia, de lo que se avecina, lo van a sufrir de forma aumentada”.

Y enfatiza: “Yo soy feminista, porque todavía quedan muchas batallas que dar. Mientras haya una sola niña en el mundo que no pueda acceder a la educación; mientras haya una niña a la que se le mutilan los genitales en nombre de unas costumbres absolutamente bárbaras; mientras a igual trabajo no haya igual salario; mientras no haya leyes que consagren que tenemos los mismos derechos y estamos en pie de igualdad, pues claro que voy a luchar y voy a ser feminista”.

“Pienso en esas mujeres que volverán a estar encerradas en la cárcel del burka”, dice Julia Navarro.

